

Capítulo 5

El rollo y el Cordero

Apocalipsis 5

El 17 de diciembre de 1968, Bárbara Mackle, estudiante de la Universidad de Emory, en Atlanta, Georgia, fue secuestrada. Imagina el horror de Bárbara cuando sus secuestradores la enterraron en una zanja poco profunda dentro de una caja reforzada con fibra de vidrio. La caja estaba equipada con una bomba de aire, una lámpara a batería, agua mezclada con sedantes y comida. Dos tubos de plástico proporcionaban a Bárbara aire exterior. Sus secuestradores exigieron y recibieron un rescate de quinientos mil dólares de su padre.

El 20 de diciembre, el FBI recibió instrucciones vagas por medio de una operadora de teléfonos para llegar al lugar del entierro de Bárbara. El FBI instaló su base en Lawrenceville, Georgia, y más de cien agentes se dispersaron por el área para encontrarla, cavando el suelo con sus manos y todo lo que pudieron encontrar. Después de horas de búsqueda, se encontró la tumba poco profunda y sin marcar de Bárbara. Los rescatistas quitaron frenéticamente la tierra con palas y, finalmente, Bárbara fue rescatada ilesa. Llevaba más de tres días enterrada viva.

El rescate fue pagado. La joven fue encontrada, y una gloriosa reunión tuvo lugar en la familia Mackle esa temporada de vacaciones. Era tan valiosa que su padre pagó quinientos mil dólares por ella. ¿Crees que Bárbara se despertó un día después de su liberación en su casa en Florida preguntándose: “¿Mi padre realmente me ama? ¿Realmente le importo?” ¡Ciertamente, no!

Su papá pagó medio millón de dólares por ella. ¿Cómo podría ella alguna vez dudar de su amor?

Un rescate costoso

¿Eres tan valioso? ¿Alguien pagaría tanto si te secuestraran? Alguien podría decir: “¡Ay, pastor, nadie pagaría tanto por mí!” No subestimes tu valor. Eres más valioso para Dios de lo que puedas imaginar. El rescate por ti, de precio infinito, ya fue pagado. Este planeta ha sido secuestrado por un cruel intruso. Cada uno de nosotros es rehén en la oscuridad. No hay esperanza para ninguno de nosotros a menos que se pague un rescate, y gracias a Dios, se ha pagado. El apóstol Pedro lo expresa claramente: “Sepan que han sido rescatados de la vana conducta que recibieron de sus padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha ni defecto” (1 Ped. 1:18, 19).

Nuestro planeta quedó atrapado en las garras del pecado, condenado a la muerte eterna, secuestrado por un invasor diabólico. No había forma de que los seres humanos pudieran liberarse de la esclavitud y la tiranía de la sentencia de muerte, al igual que Barbara Mackle no podía liberarse a sí misma. Necesitábamos un libertador, un redentor, un Salvador.

El cielo proporcionó el rescate más costoso imaginable: el divino Hijo de Dios. ¿Valió la pena el rescate? ¿Vale la pena el precio que Jesús pagó por ti? Alguien podría decir: “No, me temo que no. No valgo el precio que Jesús pagó por mí”. Si eso es cierto, entonces Jesús fue engañado. Jesús cree que vales cada gota de sangre que derramó por ti. Por eso pagó un precio tan elevado. De eso se trata el quinto capítulo de Apocalipsis.

Digno es el Cordero

El camino manchado de sangre a través del antiguo santuario revela que nuestro Padre celestial haría todo lo posible para salvarnos. El mensaje del santuario es el mensaje de un rescate infinito pagado para que haya una reunión gloriosa. Es el mensaje de un amor más allá de la comprensión que nunca estará plenamente satisfecho hasta que sus hijos estén a salvo por la eternidad.

El plan de salvación, como se revela a lo largo del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento y se destaca especialmente en el libro de Apocalipsis, describe tanto el sacrificio de Cristo por el pecado como su ministerio sumosacerdotal en el Santuario celestial, que hace provisión tanto para el rescate como para la reunión. El precio de nuestra salvación es mucho mayor que quinientos mil dólares. Costó la vida infinita del Hijo de Dios. En 1 Pedro 3:18 se dice: “Porque también Cristo padeció por los pecados una sola vez, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”. El inocente sufrió por el culpable. Aquel que fue sin pecado tomó el lugar del pecador. Desde el día en que el hombre cayó, Dios buscó revelar su maravilloso plan. En el sistema de sacrificios, él mostró que un Sustituto sería aceptado en lugar del pecador. En su sabiduría, Dios le dio a la humanidad la oportunidad de ejercer tanto la fe como la elección al participar en las ceremonias de sacrificio. El Santuario terrenal, que revelaba el plan de salvación en miniatura, hace tiempo que desapareció. Ahora, Dios nos invita a mirar al Santuario celestial, donde Jesús, nuestro gran Sumo Sacerdote, ministra en nuestro favor. Esto es lo que nos muestra el capítulo 5 de Apocalipsis.

Visión celestial del cordero inmolado

Apocalipsis 5 continúa la visión de Juan de la sala del Trono del Cielo y las cosas que vio suceder allí. También establece una

serie de siete sellos, que ocuparán nuestra atención en los capítulos 6 y 8. Está surgiendo un patrón que recorre todo el libro de Apocalipsis. Varias de las profecías de este libro se presentan como series de sietes. Ya hemos estudiado las siete iglesias en los capítulos 2 y 3. Hay siete sellos (capítulos 6 y 8), siete trompetas (capítulos 8, 9 y 11) y siete plagas postreras (capítulo 16). El número siete, en las Escrituras, denota finalización, o plenitud. En el Génesis, Dios creó el mundo en siete días. En el libro de Josué, Jericó cayó después de que los israelitas dieron siete vueltas alrededor de la ciudad, y dieron siete vueltas el séptimo día. En 2 Reyes, Eliseo instruyó a Naamán que se sumergiera en el río Jordán siete veces para ser limpiado de la lepra. El número siete es un número significativo en la Biblia. La serie profética de sietes del Apocalipsis indica la plenitud o la finalización del plan de Dios para lograr sus propósitos eternos.

Un rollo con siete sellos

Juan describe gráficamente lo que vio cuando miró a través de la puerta abierta hacia la sala del Trono celestial:

A la derecha del que estaba sentado en el trono vi un libro, escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Vi también a un ángel poderoso que clamaba en voz alta: “¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?”

Y ninguno, ni en el cielo, ni en la tierra, ni más allá de la tierra, podía abrir el libro ni mirarlo.

Y yo lloraba mucho, porque no se había hallado ninguno digno de abrir el libro ni de mirarlo. Entonces uno de los ancianos me

dijo: “No llores. El León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos” (Apoc. 5:1-5).

La primera pregunta que viene a la mente es: ¿Qué es el rollo? ¿Qué es este libro que Dios tiene en su mano? Hay un libro que aparece con frecuencia en Apocalipsis: el Libro de la Vida. Juan dice, en Apocalipsis 20:12: “Y vi también a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono. Los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el libro de la vida. Y los muertos fueron juzgados, según sus obras, por las cosas que estaban escritas en los libros”.

El libro sellado con siete sellos, aquí en Apocalipsis 5, es claramente un libro que decide el destino de toda la humanidad. Es el libro que dictamina si una persona se salva o se pierde. Es un libro de juicio. Podemos identificarlo como el Libro de la Vida, o al menos uno de los “libros” en los que se registra nuestra vida y por los que seremos juzgados.

La escena descrita por Juan ciertamente parece ser una escena de juicio. Se hace eco de 2 Corintios 5:10: “Porque todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo”. Los registros del Cielo contienen un relato exacto de los pensamientos, las intenciones y los hechos de toda la raza humana. Aunque somos salvos por gracia mediante la fe, nuestras obras revelan que nuestra fe es genuina. El asunto planteado en Apocalipsis 5 es simplemente este: A la luz del gran conflicto entre el bien y el mal, ¿hay alguien suficientemente justo que sea eternamente digno de salvar a la pecaminosa raza humana?

¿Quién puede abrir el libro?

Juan escucha a un ángel preguntar: “¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?” Nadie en la Tierra tiene derecho a abrir ese libro y leer su contenido. ¿Querías siquiera leerlo? Recuerda, contiene el registro de tu vida: tus buenas obras y tus pecados. ¿Te gustaría ver todos tus secretos registrados allí? Nadie en la Tierra puede leer ese libro. Además, en respuesta a la pregunta del ángel, ¡nadie en todo el Cielo da un paso al frente reclamando la autoridad para abrir el libro! No es de extrañar que Juan esté angustiado y empiece a llorar.

Pero hay Uno que puede abrir el rollo: el León de la tribu de Judá. ¿Quién es? Jesús es el León de la tribu de Judá. Como ser humano, nació en la tribu de Judá. Y recuerda el capítulo 4, donde uno de los seres vivientes que representaban a Jesús era como un león.

Juan continúa: “Entonces, en medio del trono, de los cuatro seres vivientes y de los ancianos, vi de pie a un Cordero como si hubiera sido inmolado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Y él vino, y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono” (Apoc. 5:6, 7).

¡El León se ha convertido en Cordero! Ambos son símbolos de Jesús. Este Cordero simbólico tiene siete cuernos y siete ojos. Siete denota plenitud y finalización. Los cuernos representan poder y autoridad. Los ojos, entendimiento y sabiduría. Así que, esta imagen de Jesús como un Cordero con siete cuernos y siete ojos enfatiza la plenitud de su poder y la inmensidad de su sabiduría. Él tiene toda la autoridad y la sabiduría necesarias para abrir el libro.

¡Un cordero inmolado en la sala del trono del cielo!

Hay una característica clave que Juan nota sobre este Cordero. El Cordero aparece “como si hubiera sido inmolado” (vers. 6). ¡Hay un Cordero empapado de sangre en el Cielo! ¡Además, no está solamente en el Cielo sino en la misma sala del Trono de Dios! ¡Jesús no solo tiene todo el poder y la sabiduría, sino también ha dado su vida!

Ese es un punto significativo. En la sala del Trono, en medio de los 4 seres vivientes y los 24 ancianos que rodean el Trono de Dios, se encuentra un Cordero todo ensangrentado. Eso puede parecer extraño, pero nos dice que el Cielo nunca se cansa de honrar el sacrificio que Jesús hizo para vencer a Satanás y redimirnos.

Apocalipsis 13:8 habla de Jesús como “el Cordero que fue muerto desde la creación del mundo”. ¿No murió Jesús en la Cruz en el año 31 d.C.? ¿Por qué dice este texto que él fue inmolado desde la fundación del mundo? ¿Por qué Juan vio un Cordero inmolado en el Cielo muchas décadas después de la Crucifixión?

Verás, Jesús no es simplemente el Cordero de Dios que murió en la Cruz. Lo que ocurrió allí, en el Calvario, es una revelación para nuestros embotados sentidos del dolor que el pecado ha provocado en el corazón de Dios desde sus inicios. Esta es una de esas profundas verdades espirituales que tan fácilmente se pasan por alto. La Cruz, por terrible que fuera, era solo una parte del dolor eterno que el pecado ha causado a Dios y a sus seres creados en todo el Universo. Jesús es el Cordero inmolado desde la fundación del mundo. Desde el principio, ha enfrentado la Cruz, sabiendo lo que costaría el pecado. Además, desde la Cruz, todavía siente el dolor que el pecado causa a su pueblo y a su Universo. Cuando vemos a Jesús colgado en la Cruz, es un microcosmos del dolor que reside en el Universo a causa del pecado. Jesús anhela venir a poner fin al pecado y detener el

sufrimiento. No es solo este mundo el que sufre a causa del pecado, sino también el Universo entero.

El oratorio de la Redención: la primera estrofa

Cuando [el Cordero] tomó el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero. Cada uno tenía un arpa y una copa de oro llena de incienso, que son las oraciones de los santos. Y cantaban un nuevo canto, diciendo:

“Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos,

porque fuiste muerto,

y con tu sangre compraste

para Dios gente de toda raza y lengua, pueblo y nación;

de ellos hiciste un reino y sacerdotes para servir a nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra” (Apoc. 5:8–10).

Esta es la primera estrofa del oratorio de la Redención. Lo cantan los seres vivientes y los ancianos. Están alabando a Jesús y regocijándose porque él estuvo dispuesto a dar su vida para redimirlos a ellos y a nosotros. El Cielo nunca se cansa de alabar al Cordero que fue inmolado. Y, cuando nos unamos a ellos en el Cielo, también lo alabaremos por toda la eternidad. La salvación es para toda la humanidad: toda tribu, lengua, pueblo y nación. No importa de dónde vengas, no importa tu origen, no importa cuán bajo hayas caído en el pecado, la gracia de Cristo y la salvación que él proveyó por medio de su muerte son para ti. Nota que, en su canto, los seres vivientes y los ancianos alaban al Cordero, porque “hiciste un reino y sacerdotes para servir a nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra” (vers. 9, 10). La salvación tiene una doble cualidad. Jesús nos redime en la Cruz

de la pena del pecado, pero también nos redime del poder del pecado. Él no solo nos redime de la culpa del pecado del pasado, sino también nos redime transformándonos para que nuestra vida sea diferente hoy. Somos salvos no solo del castigo del pecado, sino también del poder del pecado. Él nos redime y nos hace reyes y sacerdotes para Dios. Además de este versículo del capítulo 5, el libro de Apocalipsis se refiere varias veces al pueblo de Dios que reina con él (Apoc. 20:4, 6; 22:5), así como una declaración del apóstol Pablo, quien le escribió a Timoteo: “Si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Tim. 2:12).

El oratorio de la Redención: el coro

Después de que los seres vivos y los ancianos terminaran su estrofa del oratorio de la Redención, Juan oyó un gran coro que acrecentaba el estribillo.

Oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. Su número era miles de millares, y diez mil veces diez mil.

Y decían a gran voz: “El Cordero que fue muerto es digno de recibir poder y riquezas, sabiduría y fortaleza, honra, gloria y alabanza”.

Y a toda criatura que estaba en el cielo, en la tierra, en el mar y debajo de la tierra, y a todo lo que hay en ellos, los oí cantar:

“Al que está sentado en el trono y al Cordero sean la alabanza, la honra, la gloria y el poder por los siglos de los siglos” (vers. 11-13).

Juan tiene cuidado de incluir todas las “criaturas” posibles en todos los lugares posibles del Universo en el gran coro que alaba al Cordero. Él dice que el número de ángeles en el coro era “miles de millares, y diez mil veces diez mil”. Este no es un número exacto, por supuesto. Es como decir: “Millones de millones y miles de miles”, una innumerable compañía de ángeles.

El cordero restaura todo lo que se pierde por el pecado

Este oratorio de redención proclama que el Cordero es digno de recibir siete cosas: poder, riquezas, sabiduría, fortaleza, honra, gloria y alabanza (vers. 12). Curiosamente, esas son siete cosas que perdimos por el pecado, y son siete necesidades básicas del corazón humano. O las encontramos en Jesús o las buscamos en el mundo. Estas siete cualidades las incorporó Dios a cada hombre y mujer en la Creación.

Poder. Cuando Dios creó a Adán y a Eva, les dio dominio sobre la Tierra. Tenían poder sobre la Creación de Dios. Cuando pecaron, perdieron ese dominio, autoridad o poder. A veces, todos nos sentimos sujetos a fuerzas sobre las que tenemos poco o ningún control. Las catástrofes naturales irrumpen de repente con una frecuencia inesperada. La guerra, los conflictos, las luchas y el terrorismo arrojan a millones de personas a circunstancias sobre las que no tienen elección. Cada uno de nosotros, dado que nuestra naturaleza es caída, debe lidiar con las predisposiciones genéticas heredadas de nuestros padres. Hay algo en lo profundo de la estructura de nuestro ser que anhela tener el control de nuestro destino. También buscamos poder sobre las cosas que nos impiden ser todo lo que podríamos ser y lo que Dios quiere que seamos. Jesús promete darnos poder sobre la tentación y el pecado en nuestra vida. Él nos restaurará a nuestro verdadero

dominio sobre este planeta que ha caído por el pecado y ha sido atrapado en las garras del maligno (ver Miq. 4:8.)

Riquezas. Al final de la semana de la Creación, Dios vio que todo lo que había hecho era muy bueno. La humanidad tenía todo lo que necesitaba para una vida rica y abundante. Como resultado del pecado, perdimos la riqueza de vida que Dios nos dio originalmente. Millones buscan en vano riquezas materiales y cosas que simplemente perecen. Los productos básicos más vendidos de hoy son los artículos dañados del mañana listos para el basurero. De alguna manera, las cosas que el dinero puede comprar nunca satisfacen el hambre oculta de nuestra alma. En Cristo, encontramos riquezas más allá de cualquier cosa que podamos imaginar. Pablo dice: “En él [Jesús] tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados según la riqueza de su gracia” (Efe. 1:7).

Sabiduría. Eva perdió la verdadera sabiduría, al tratar de ser como Dios y comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. La sabiduría es entender el verdadero propósito de la vida. Encontramos la esencia de la sabiduría genuina en Jesús. La sabiduría que viene del Cielo es pura, pacífica, modesta, benigna, llena de misericordia y buenos frutos (Sant. 3:17).

Fortaleza. Por causa del pecado, no tenemos fuerza en nosotros mismos para resistir las tentaciones de Satanás. Hoy, buscamos en todo tipo de lugares la fuerza para vencer las debilidades que vemos en nosotros mismos, pero la única fuente real de fortaleza espiritual está en el poder de Jesús (Efe. 6:10).

Honra. Juan 5:44 nos dice que el único honor que cuenta proviene de Dios. En el mundo pecaminoso en que vivimos, la gente quiere tener un nombre; quiere ser alguien. Pero la honra

que proviene de los seres humanos no es nada comparada con el honor que proviene de ser un hijo de Dios.

Gloria. En el Edén sin pecado, Adán y Eva reflejaban la gloria de Dios ante todo el Universo. La gloria de Dios es su carácter. Por medio de Jesús, su gloria, o carácter, tan contaminado en nosotros por el pecado, será restaurado a sus fieles seguidores. Juan lo expresa de esta manera: “Amados, ahora ya somos hijos de Dios; y, aunque no se ve aún lo que hemos de ser, sabemos que cuando Cristo aparezca seremos semejantes a él, porque lo veremos como es él. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica, así como él es puro” (1 Juan 3:2, 3). La única forma en que podemos ser purificados es acudir a aquel que es la esencia de la pureza y aparecer con las vestiduras inmaculadas de su justicia; aparecer ante el Padre transformados por su amor y por su gracia.

Alabanza. La *Nueva Traducción Viviente* traduce “bendición”. La bendición más rica de Dios es su bendición divina sobre nuestra vida. Su bendición es su favor divino sobre todo lo que hacemos. Somos inmensamente bendecidos mientras él restaura todo lo que se perdió por el pecado.

El centro de la alabanza del cielo

Al mirar a través de la puerta abierta hacia la sala del Trono del Cielo de Apocalipsis 5, vemos a Jesús en el centro de un coro entusiasta de alabanza por el Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo. Él es el único Ser en el Cielo o en la Tierra que puede abrir los siete sellos del libro. Él es el único digno de librarnos de la condenación del pecado. Él es el único digno de ocupar nuestro lugar en el Juicio. Él es el único digno de abrir los sellos. Su muerte en la Cruz es su calificación suprema para ser nuestro Salvador.

Mientras el Salvador colgaba de la Cruz, intentó escuchar alguna palabra o expresión de la humanidad que indicara que su sacrificio era apreciado; pero solo llegaban a sus oídos abucheos, burlas y maldiciones de la masa que se agolpaba abajo. Incluso uno de los ladrones a su lado se unió a las agresiones, pero el otro ladrón, volviéndose a Jesús, dijo: “Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. La respuesta de Jesús, “te aseguro hoy”, contenía la seguridad del perdón. Jesús no dejó lugar a dudas: “Estarás conmigo en el paraíso” (Luc. 23:42, 43). Incluso mientras la sangre purificadora de Cristo fluía de sus venas, el ladrón se regocijó en su poder para limpiar del pecado. Y aquel a quien sus enemigos pensaban que habían vencido murió como un poderoso Conquistador. El ladrón experimentó el pleno cumplimiento de la promesa: “Aunque sus pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos” (Isa. 1:18).

En el Santuario terrenal, la lana del cordero se manchaba con su sangre. Hay un gran significado en esta lana empapada en sangre. Es casi imposible quitar las manchas escarlatas, pero “aunque sus pecados sean como la grana”, la sangre de Cristo puede hacer que queden blancos como la nieve. Puedes ser condenado y considerado como un marginado por todos en la Tierra, pero si miras al Salvador y reclamas su poder purificador, él lavará tus pecados y pondrá gozo y regocijo en tu corazón. Él es el Cristo que es digno de abrir los sellos y el Jesús que triunfó sobre los principados del infierno. La apertura de estos sellos y su eterna victoria son el tema central del capítulo 6. Los juicios de Dios finalmente caen sobre los injustos y los opresores del Reino de Dios. Sus propósitos prevalecen. Su plan triunfa. Y, dado que él ha triunfado, podemos ser victoriosos con él.